

Un poeta aragonés en La Oliva

Por Pedro García Merino

Una tarde de primavera del año 1620, se han detenido ante la puerta que da acceso al Monasterio de La Oliva, dos viajeros montados en sendas mulas. (1)

Es el que precede, un caballero todavía joven, prematuramente canoso, de color pálido y aspecto enfermizo. La expresión de su cara es inteligente y fina; la mirada algo ausente y distraída, como de hombre soñador.

Su traje de color negro, la espada ceñida al costado y una venera de Santiago al pecho, dan singular distinción a su figura.

El acompañante es un criado, que se apea con ligereza yendo a sostener el estribo de su señor, ayudándole a descender de la alta cabalgadura.



Saludó el postero a los recién llegados y rogó al caballero le siguiera hasta la celda del Abad.

Acude el portero, saluda a los recién llegados y enterado del nombre del caballero, le ruega se sirva seguirle hasta la celda del Muy Reverendó Padre Abad.

Rige en esta fecha los destinos del Monasterio, Don Fray Miguel de Sada, de noble prosapia aragonesa, nacido en el Palacio de su apellido en Sos, donde también tuvo su cuna el rey Fernando. Ya conoce al visitante, a juzgar por las grandes cortesías y extremos de respetuoso afecto con que ambos se saludan.

Conversan breve rato, al cabo del cual llama el Abad a un sirviente y le ordena:

— Acompañad al señor don Felipe al aposento que tiene prevenido y cuidad que nada le falte de cuanto haya menester.

Don Felipe de Albornoz, hombre de leyes y poeta, ha venido al Monasterio invitado por el Padre Abad, para pasar una larga temporada.

Su salud está quebrantada, la fiebre le mortifica, tiene escaso apetito; mas espera que la tranquilidad del campo y un prudente ejercicio restaurarán sus fuerzas.

Después de asearse, y desempaquetar su equipaje, en el que figuran no pocos libros, sale el caballero a pasear, para conocer el nuevo ambiente en que va a vivir durante varios meses.

La impresión que produce el paisaje de La Oliva, es de solidez, gracia y equilibrio. No tiene imponentes montañas, impenetrables bosques, rocas enormes, ríos despeñados, cielos nubosos y otros accidentes que abrumen al espectador y le confundan con perspectivas variables y engañosas.

Aquí el cielo es de un azul denso y pastoso, el aire límpido, el suelo llano, limitado por pequeñas colinas que ascienden en armoniosas ondulaciones. Todo es accesible, claro y de contornos precisos, pero sólidamente asentado, al igual que la fábrica del Monasterio.

Don Felipe adivina con gozo que ha encontrado el lugar que necesita. Trae el espíritu acongojado por contrariedades amorosas, desengaños cortesanos y reveses de fortuna. Su juventud que declina y la enfermedad que sufre le tienen desazonado. Mucho puede esperar para su bien, de este rincón sereno y apacible.

Han pasado bastantes días desde que Don Felipe llegó al Monasterio. Su mejoría es visible, va recuperando fuerzas y abandonando preocupaciones.

Una tarde calurosa, a la hora de la siesta, estando retirado en su fresca celda, siente el deseo de dar forma a la felicidad y gratitud que rebosan en su pecho. Toma un cuadernillo de papel y comienza a escribir:



La impresión que produce el paisaje de La Oliva es de solidez, gracia y equilibrio

SILVA (3)

Aquí donde Aragón renuncia fueros
entre grillos de márgenes navarras
.....
cuyas líquidas aguas transparentes
más parecen vidrieras que corrientes
usurpadoras del helado Enero
contra las llamas del Agosto fiero
Y émulas en frescura y delgadeza
—Calidad eminente—
del viento que se bebe y no se siente...

En este y sucesivos días, sigue escribiendo hasta dar cima a su obra; un poema de 1.125 versos, en alabanza del Real Monasterio de La Oliva. Tal poema revela más erudicción que elevación poética; no se libra de los dos vicios capitales de su época, el culteranismo y el conceptismo. Mas hay en él acentos que nos recuerdan a Lope, Góngora, Rioja, o la epístola moral a Fabio. Junto a esto, un fárrago de imágenes, metáforas, alusiones mitológicas, que convierten los versos en verdaderas adivinanzas (3).

El poeta comienza contándonos cómo pasa la jornada:

Y cuando el Alua en Bucaros de rosa
Al sol preuiene la beuida elada
Y el abejuela de sus celdas de oro
Haciendo sale, de los vientos coro...
Dexo la cama y a los campos salgo.

Allí es de admirar la variedad de flores que encuentra. Prolijamente las enumera dando a cada una su apropiado epíteto:

La madreselva (que en la frescura y hermosura en hija) el florido romero, el lirio enamorado, los sangrien-

tos claveles, las moradas violetas, la rosa primada de las flores, los parleros jazmines (lenguas del viento, ruisiñores de las flores), el narciso bello, la pálida retama, la blanca azucena, la mosqueta floxamente hermosa, las doradas maravillas, los populares junquillos, verbenas y manzanillas.

Las blancas mayas por las verdes eras
y el lino coronado de ajonjeras.

Contempla los mil arroyuelos y acequias, los árboles cargados de fruta, y

al fin, quanto de Flora
el ánimo recrea
el agua lisongea
y el zéfiro enamora.

Tras esto, oye la Santa Misa y se retira a su celda, donde le sirven la comida "pobre sí, pero rica —de quietud y descanso—. Su apetito ha mejorado mucho.

Que ya con gana como
Desde que el campo por axenxos tomo.

Dedica en esta parte un entusiasta elogio al santo abad Don Luis Díaz de Armendáriz en cuyo tiempo se construyó el celebrado pozo del hielo, alivio del ardoroso estío:

Si a un jarro de agua fría
se le promete el cielo
¿Qué no conquistarán pozos de hielo?

A las tardes, el autor sale de caza. Difícilmente encontraríamos en nuestro tiempo tantas y tan variadas especies como las que en el poema se enumeran: perdiz, becada, anade, cerceta, paloma torcaz, colorines, pardillos, tórtolas, liebres, conejos y lo casi increíble... ¡ciervos o venados!

Alguna vez sucede
que subo de conejos a venados.

Otros días cambia la caza por la pesca; echa al río redes, cuerdas y mangas, o utiliza la cabaña, sacando pintadas truchas, "anguillas",

y el barbo a veces de gentil tamaño.

Finalmente el poeta vuelve a su retiro,

cuando ya los lexos de los montes
de escasa luz heridos
están al parecer de azul vestidos
y a casa vuelve el labrador cansado
más arrastrado que su mismo arado.

Por el camino va sacando enseñanzas de cuanto ve. Los campos divididos en valles, cerros y montes, le recuerdan la variedad de los estados.

En la diversidad de árboles que encuentra, nota semejanzas con los distintos hombres ambiciosos, que por cubrirse la cabeza "dexan desnudo lo demás del cuerpo", los enebros siempre verdes, le recuerdan "a los que nunca dan y mandan mucho"; el erizo y la cambrónera, a los envidiosos; la yedra, a los malos amigos.

Sorprende la cantidad de especies arbóreas que el poeta enumera y que inútilmente buscaríamos hoy en aquellos parajes: robles, encinas, cipreses, pinos, acebos, alisos, quejigos, enebros, abetos, olmos, sauces, madroños o serbas, laureles.

Entre los árboles frutales, la olorosa cermeña, la agridulce guinda, la higuera, la roxa manzana, el granado (de coronada fruta), el dorado pomo, el almendro castamente hermoso, la sabrosa endrina (que excede las famosas de Toledo), el melocotón, durazno, cerezo, pera, la cepa en orden con la oliva, etc., etc.

Un poeta aragonés en La Oliva

Entre estas amenas selvas, en este paraíso regado por el río Aragón, cuyo nacimiento en el Pirineo,

... Tan alto es que se duda
Si le prestaron ojos las estrellas
pues los suyos abrió tan cerca de ellas...

se alza el Monasterio, "raro edificio sumptuoso —y rico templo donde mostró la Arquitectura cuanto supo— de griegos y romanos". Innúmeras son las obras de arte que encierra y que pudiera ser envidia de Apeles y Lisipo.

Mas nada de esto iguala, a la virtud, al ejemplo de los celestiales anacoretas que lo habitan. Pondera el autor los méritos de los monjes, su humildad, su raro y ejemplar silencio, su penitencia, su castidad, su vigilancia, su caridad fraterna.

Después de graves reflexiones sobre la vanidad de la Corte (que amigo cortesano —tiene más de cortés que no de sano), lo falso de los placeres, lo fugaz del tiempo, la quietud de la vida campesina y otros tópicos frecuentes en la poesía de la época, pasa el autor a invitar a su deudo y protector el Regente del Real Consejo de Navarra a disfrutar este paraíso de La Oliva, abandonando la ciudad.



Escudo del Monasterio de la Oliva

Véase el desfavorable juicio que le merece el clima de Pamplona:

Sal de una vez debaxo del Ocaso
dessa Ciudad y de su clima adusto
tan cerrado de nubes y marañas
que hasta el cielo se viste de montañas
y el sol a todas horas de capotes
que viendo lo que llueve
a salir sin capote no se atreve.

El programa que espera al Sr. Regente no puede ser más atractivo; todo le aguarda para su deleite:

Las selva con sus flores
y a silbos los dolientes ruiseñores
arroyuelos sin cuento
amantes de las flores
que en fe de esclavitud, muestra de amores
el fugitivo curso
errando se dilta
con eses de cristal, caras de plata

Aquí le esperan cantando,

El músico pardillo
que por que más se crean
sus quexas amorosas
la sangre de su pecho muestra en rosas.

Y la afligida Filomena,

que en doloroso canto
dió plumas a la voz, música al llanto.

Aquí finalmente se verá libre de enojosos cuidados y pesados litigantes; trocará los Baldos por baldíos, y los áridos Cujacios, Menochios y Decisiones por otros nombres de égloga virgiliana, Títiros, Dametas, Coridones; podrá cambiar:

... en sus verdes llanuras
los torcidos derechos,
y en papeles del Alua iluminados
alfabetos de flores
párraphos de cristal, altos primores
estudiarás al sumo Autor de todo...

Con esta invitación final, unida a calurosas protestas de afecto para el Señor Regente, dan fin Don Felipe de Albornoz a sus versos que fueron publicados el año 1636.

Ya no pudo verlos impresos Don Fray Miguel de Sada, último abad perpetuo de La Oliva y generoso anfitrión del poeta. Había fallecido antes de dicho año y sus restos mortales yacían bajo la sala Capitular entre los de sus antecesores en el cargo.

Filigrana del papel de un libro impreso en La Oliva



De la vida de Don Felipe de Albornoz no conozco otros datos que los contenidos en una popular enciclopedia. Se dice en ella que nació en Zaragoza, fué Cahallero de Santiago y Gobernador de Quito, no sé si antes o después de su estancia en La Oliva.

Sin embargo su nombre no aparece en las relaciones de Gobernadores de aquel reino, por lo que es de conjeturar ejerciese tal cargo accidentalmente como oidor de la Real Audiencia y en defecto de su Presidente.

Su poética descripción del Monasterio era recordada con elogio por el P. Nicolás Bravo ("iam ab aliquo satis poeticae decantata") varios años después de su publicación. (4).

Hoy es un libro raro, cuya reimpresión tendría indudable interés para los amantes del pasado.

(1) Aun cuando no consta la fecha de la visita de Albornoz a La Oliva creo que ésta es la más verosímil. En los versos dedicados al Abad Don Luis Armendáriz se lee:

A la primer metrópoli que vaque—
verás al laca convenido en laque.

Aluden al Obispado de Jaca, que Armendáriz desempeñó en los años 1617 al 1621. El verso parece indicar que estaba próxima la elección para otro Obispado y en efecto, en 1621, Armendáriz fué nombrado Obispo de Seo de Urgel.

(2) Silva compuesta por Don Phelipe de Albornoz Cauallero del Abito de Santiago. En alabanza del Real Monasterio de la Oliua.— Con licencia en Zaragoza; Por Lucas — Sánchez. Año 1634.

(3) Como muestra de su oscuro estilo, véanse estos versos en que describe a la perdiz sin nombrarla; "Assi la que adornada —de estremos de corales— Es perseguida por extremos tales —que muere a manos de sus propios hijos (¡los perdigones!)— Tan desdichada en todo por hermosa —que los azares della— Naranjas le darán para comella.

(4) Notae Literales Regulae Smi P. N. Benedicti Abbalis, por Fr. Nicolao Bravo Pintiano. Impresa en La Oliva por Martin de Labayen y Diego de Zabala. Año 1648.

(Dibujos de Cía)